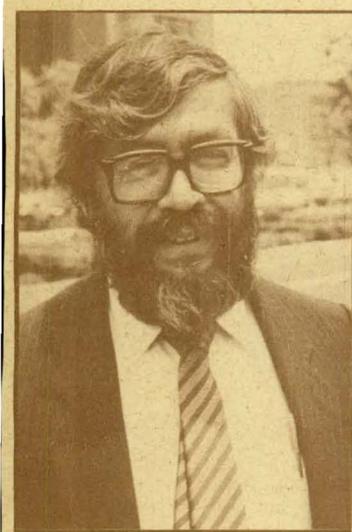


¿Hacia dónde van

Los Actores?

18-Dic-85

POR MIGUEL ANGEL GRANADOS CHAPA



Con la toma de posesión, al frente de la ANDA de Ignacio López Tarso, y la disolución del Sindicato de Actores Independientes, hechos acaecidos la semana pasada, apenas con unas horas de diferencia, el sindicalismo de los trabajadores del espectáculo cierra un ciclo histórico, e inicia otro cuyo signo está todavía por conocerse, pero que puede ser positivo.

López Tarso, uno de los actores más serios y responsables en su quehacer profesional, fue elegido secretario general de la Asociación Nacional de Actores a mediados de noviembre, después de una de las peores etapas de esa agrupación. El deterioro de

ella, sin embargo, no es nuevo, sino que data de mucho tiempo atrás. Hace casi diez años que se agudizó la crisis de dirección, y a partir de entonces se generó un clima de intransigencia, corrupción y falta de democracia que amenazó acabar con una de las asociaciones sindicales de mayor importancia en nuestro país.

No sólo por la tarea a que se dedican sus miembros, trabajadores de cine, teatro, radio, televisión y otros y espectáculos, sino por diversas peculiaridades la ANDA no es un sindicato común y corriente. Para empezar hay dos sindicatos en uno. Por una parte, tiene personalidad propia como agrupación gremial, y por otro lado es una de las secciones del Sindicato de Trabajadores de la Producción Cinematográfica, la correspondiente a los actores. Por otro lado, al contrario de lo que suelen hacer los agrupamientos de su género, la ANDA no administra ningún contrato colectivo y, sin embargo, representa a través de sus delegados el interés de sus afiliados, ante los centros de trabajo.

Este último rasgo de la ANDA ha creado una estructura sui generis en que esos delegados son verdaderos caciques, que influyen en la contratación de los actores y al mismo tiempo disponen de una enorme preponderancia en la vida sindical. Ello es facilitado por el hecho de que los miembros de la ANDA carecen, en lo general, de una conciencia política bien formada, lo que a su vez se deriva de que no se consideran trabajadores, y por lo tanto titulares de derechos y obligaciones, sino artistas, que no parecieran por lo tanto sujetos del derecho laboral. Por añadidura, y dado el carácter glamoroso de la profesión que desempeñan los integrantes de ese sindicato, la pertenencia al PRI de los más destacados se convierte en un atractivo deseable para el partido gubernamental, lo que ata muchas de las decisiones internas del sindicato a intereses que no son propiamente los de la generalidad de sus miembros.

David Reynoso, el anterior líder de la ANDA, resumió para mal, en su persona y en su actuación, los defectos de esa estructura gremial, y condujo a un estado de postración a su sindicato. A últimas fechas, la situación allí se caracterizaba por acusaciones frecuentes de malversación de fondos, de falta de democracia porque las asambleas estaban dominadas por personas ajenas al mundo del espectáculo y por represión contra quienes discreparan de las maneras de guiar las acciones sindicales instrumentadas por Reynoso. Una seguidora de éste pretendió continuar el imperio de esas maneras viciadas, y presentó su candidatura a la secretaría general, pero la mayor parte de los integrantes del sindicato actoral tuvieron conciencia de que ello sería dema-

siado, y otorgaron su confianza a López Tarso, quien aparece ahora como el abanderado de un intento, que pudiera ser el último, por conducir hacia nuevos derroteros a la agrupación sindical de los actores.

Una tentativa en igual sentido, aunque corriera por vertientes diferentes, concluyó el 4 de diciembre con la decisión de disolver el Sindicato de Actores Independientes. Este había surgido primero como un esfuerzo por eliminar de la ANDA deformaciones que ofendían políticamente a los más lúcidos entre los trabajadores del espectáculo, muchos de los cuales eran, por lo demás, estrellas de primera magnitud en las esferas artísticas en que actuaban. Cuando la tentativa interna se vio frustrada, se produjo una importante escisión en la ANDA, y surgió el Sindicato de Actores Independientes.

En los meses y años siguientes, esos trabajadores del espectáculo protagonizaron su papel más importante, el que les reclamó una mayor entrega, el que requirió de ellos toda su entereza y un constante ejercicio de la dignidad. Los dirigentes de la ANDA obtuvieron la complicidad de las autoridades y de no pocas empresas y entorpecieron el camino profesional de los miembros del SAI, que sin embargo tuvo durante años el dinamismo necesario para crear nuevas fuentes de trabajo, alternativas a aquellas que se les cerraban. El empeño de ese modo desarrollado, sin embargo, no pudo evitar la generación de condiciones muy adversas, que no todos los iniciadores de la aventura del SAI estuvieron en situación de resistir, y el sindicato fue viendo que disminuían sus integrantes, a veces en medio de alegatos que tenían escaso parentesco con la realidad. Una de las acusaciones más frecuentes al sindicalismo independiente de los actores era que pecaba de caudillista, por la presencia notoria que en sus decisiones había temido, desde el arranque, el actor Enrique Lizalde. Con frecuencia era evidente, sin embargo, que tal acusación poco resistente al examen político, era una mampara que ocultaba otras motivaciones, incluso legítimas, para volver a la ANDA, puesto que en la pertenencia a ésta descansaba la posibilidad de desarrollo profesional.

Muchos de esos actores volvieron a una ANDA que no sólo era igual a la que habían abandonado ante la imposibilidad de depurarla, sino que por ello mismo había transitado hacia una mayor degradación. Algunos incurrieron en la ilusión de suponer que tras su experiencia sindical independiente serían bienvenidos, y les sería dable realizar acciones, de nuevo, encaminadas a mejorar la situación. Pronto se convencerían de lo contrario, al descubrir que les estaba limitada su vida sindical sin que para ese efecto obrara ninguna razón fundada en la legalidad interna, sino sólo el capricho, el deseo de venganza y la defensa de intereses particulares.

La elección de López Tarso, que si bien no estuvo totalmente al margen de las corrientes menos favorables a la democracia interna ha podido preservar su prestigio personal, revela que los gérmenes sembrados por los fundadores del SAI no cayeron enteramente en suelo estéril, aunque no pueda decirse que en todo momento hubiera existido un propósito de independentista de corazón que hubieran resuelto dar la lucha por dentro, sino que eran elementos conservadores de buena fe a quienes los hechos fueron convenciendo de la necesidad de dar un nuevo aire a la agrupación.

Los dirigentes del SAI, al anunciar la disolución de su sindicato, hicieron un reclamo airado contra las autoridades que no permitieron el desarrollo de su independencia sindical. Tienen plena razón en ese alegato, así como en expresar su convicción de que sólo con un sindicalismo independiente podrán realizarse transformaciones de fondo en nuestro país. No entonaron, en ese anuncio, su propio himno funeral. Los principios por los que lucharon están vigentes, y en la nueva era en la ANDA está abierta una nueva posibilidad de hacerlos fructificar.